

REPORT

CONTEXTOS “PUBLICOS” Y “PRIVADOS” PARA LA EJECUCION DEL ARTE RUPESTRE EN EL VALLE DE GUASAPAMPA (CORDOBA, ARGENTINA).

Andrea Recalde y Sebastián Pastor

En este trabajo se analiza la información arqueológica recuperada en el Valle de Guasapampa (provincia de Córdoba, Argentina), en su mayoría paneles con representaciones rupestres grabadas y pintadas, presumiblemente ejecutadas durante el período prehispánico tardío (ca. 1400–400 a.P.). Los datos reunidos permiten comprender el rol del arte rupestre como un medio activo para el establecimiento, negociación y reproducción de determinados vínculos sociales entre sus productores y observadores. En tal sentido, se asume una perspectiva comparativa que permite identificar las particularidades de la ocupación de las secciones sur y norte del valle, y en especial los rasgos que definen a los contextos de producción y significación del arte. Las diferencias determinadas en cada sección refieren a contrastes y oposiciones en las prácticas sociales efectuadas en torno y a partir de esta materialidad. De este modo, se consideran los elementos que sustentan su definición como un medio para la significación de lugares entre grupos mínimos de pertenencia, en un paisaje abierto y compartido en el caso de la sección sur, y como marcas territoriales en el norte, en relación con la existencia de límites y restricciones a la circulación y el acceso a los recursos, en particular a las aguadas estacionales.

This paper presents and analyzes the archaeological data recovered in Guasapampa Valley (province of Córdoba, Argentina), which consists mainly of engraved and painted rock art panels. The forested mountain landscape has numerous species of trees and shrubs with edible fruits, but it is distinguished by a scarcity of water resources. During the late Prehispanic period (ca. 1400–400 B.P.) the Guasapampa Valley was occupied seasonally by groups established most of the year in the fertile valleys of the east, in agricultural oases up to 20 and 40 km away. The data recovered are significant because they allow us to understand the role of rock art as an active medium for the establishment, negotiation, and reproduction of certain social ties between producers and observers. In this regard, we assume a comparative perspective that allows us to identify particularities of the occupations of southern and northern sections of the valley, especially the features that define the contexts of production and meaning of the art. The differences identified in each section of the valley refer to contrasts and oppositions in the social practices surrounding and produced by this materiality. Thus, we consider the elements that support its definition on the one hand as a means to convey the significance of particular places among minimal affiliational groups who build an open, shared social landscape in the case of the southern section, and on the other hand as territorial markers in the north related to the existence of limits and restrictions on movement and access to resources, including seasonal water wells.

Las investigaciones desarrolladas durante los últimos 20 años en el sector central de las sierras de Córdoba, Argentina, han generado la base empírica para avanzar en el conocimiento del proceso histórico comprendido entre 1400 y 400 a.P. Este período prehispánico tardío se presenta como un complejo mosaico respecto a las prácticas económicas, políticas y sociales de los distintos grupos que ocuparon la región.

Los trabajos realizados en el extenso Valle de Traslasierra, emplazado al occidente de la actual

provincia de Córdoba, aportan nuevos datos para la definición de un panorama arqueológico donde primaron diversas respuestas culturales de parte de las sociedades pretéritas (Pastor 2007; Pastor 2007–2008; Pastor y Berberían 2007; Recalde 2006). En este contexto, el pequeño valle intermontano de Guasapampa marca un punto de contraste con otros sectores serranos, dada la frecuencia, emplazamiento y distribución en el paisaje de sitios con arte rupestre.

Nuestro objetivo es comprender cuáles prácti-

Andrea Recalde ■ Universidad Nacional Córdoba. CONICET. Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”. M. C. del Corro 308 (CP 5000). Córdoba. (recaldema@yahoo.com.ar)

Sebastián Pastor ■ CONICET. Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”. (pastorvcp@yahoo.com.ar)

Latin American Antiquity 23(3), 2012, pp. 327–345
Copyright ©2012 by the Society for American Archaeology

cas sociales y económicas constituyeron el marco para la ejecución, observación y significación de esta materialidad entre los grupos indígenas prehispanicos. El punto de partida es considerar que el arte rupestre constituye una expresión que adquiere parte de su significación a partir de su disposición y distribución diferencial en el espacio. Por lo tanto, los aspectos formales y el emplazamiento de los paneles son variables de análisis que, al considerarlas de manera conjunta, nos permiten reconocer diferencias en el paisaje como una vía que materializa las particularidades de su ocupación (Gallardo 2001; Troncoso 2005).

Este rasgo de la cultura material cumple un rol activo en las estrategias sociales, y en tal sentido, el análisis de las resoluciones formales en un marco temporoespacial determinado nos permite comprender el vínculo entre las personas o grupos que realizaron los paneles y los participantes a través de su observación. Estas maneras de hacer o resolver el arte rupestre intervienen en la transmisión de información (Wobst 1977), que no sólo es interpretada en un marco instrumental en el cual los objetos almacenan o "cargan" dicha información (Jones 2007), sino como una parte activa en las prácticas sociales que son enseñadas, reforzadas, modificadas y negociadas por el grupo o segmento social que las genera.

En concreto, el arte rupestre, entendido como constructo social que organiza el paisaje, puede generar a partir de la información que trasmite y a quiénes va dirigida, sentidos de igualdad y pertenencia, o de desigualdad y exclusión, entre las personas o comunidades que comparten un mismo entorno (Piazzini 2006). Las condiciones de visibilidad o invisibilidad adquieren una significación particular para dicha construcción, dado que la visibilidad o no de un rasgo de la cultura material, en este caso las representaciones rupestres, involucra una estrategia que presupone una elección para hacer perceptible o no la acción social (Criado Boado 1999).

Los paisajes se constituyen materialmente como ambientes construidos que transmiten mensajes sobre cómo es el orden social en tanto fijan, reformulan o reproducen, consciente o inconscientemente, pautas de comportamiento (Aschero 2007). Las construcciones que los grupos efectúan en el paisaje generan estrategias materiales que regulan el comportamiento de sus integrantes, permitiendo

el acceso a distintos recursos, ya sea alimentos, protección, relaciones sociales, información y/o decisiones (Nielsen 1995). Así, el arte rupestre y fundamentalmente la realización continua en tiempo y espacio de determinados motivos o temas, en el uso del panel y en la visibilidad o no de lo ejecutado, imponen una alteración en el paisaje a la vez que reafirman el sentimiento de pertenencia entre los miembros de un grupo, promoviendo ideas de posesión y demarcación del entorno (Criado Boado 1995).

El oeste cordobés, y específicamente el Valle de Guasapampa, permiten comprender el rol de las representaciones rupestres como medio para la significación, reproducción y negociación de determinados vínculos sociales. Una primera aproximación a los datos nos permitió identificar dos realidades arqueológicas muy disímiles en las secciones norte y sur de este pequeño valle. En función de ello, y con el fin de definir las características intrínsecas de cada sección, realizaremos una puesta en diálogo de los paneles atendiendo a los tipos de motivos y sus asociaciones, tipos de soportes seleccionados, técnicas y condiciones de visibilidad del sitio o de la formación en la que se emplazan las imágenes entendiendo, en base a los planteos de Criado Boado (1999), que esta situación de visibilidad/invisibilidad se traduce en la intención de hacer participativa o no la observación de lo representado para todo aquel que circule por el paisaje. Asimismo, a fin de especificar el marco de ejecución de los paneles, analizaremos los contextos de producción y uso, procurando reconocer y comprender las prácticas socio-económicas desarrolladas en torno al arte rupestre (Aschero 2000). La información recuperada autoriza a plantear hipótesis respecto a la participación de esta materialidad en el establecimiento de vínculos entre las personas que habitualmente interactuaban entre sí y con los diferentes entornos.

Paisajes del Valle de Guasapampa

El Valle de Guasapampa se localiza en el sector central de las sierras de Córdoba, Argentina. Este conjunto montañoso está formado por tres cordones subparalelos orientados de norte a sur: el cordón oriental (Sierras Chicas), el central (Sierras Grandes) y el occidental (Sierras de Pocho, Guasapampa y Serrezuela). Este último constituye el marco geo-

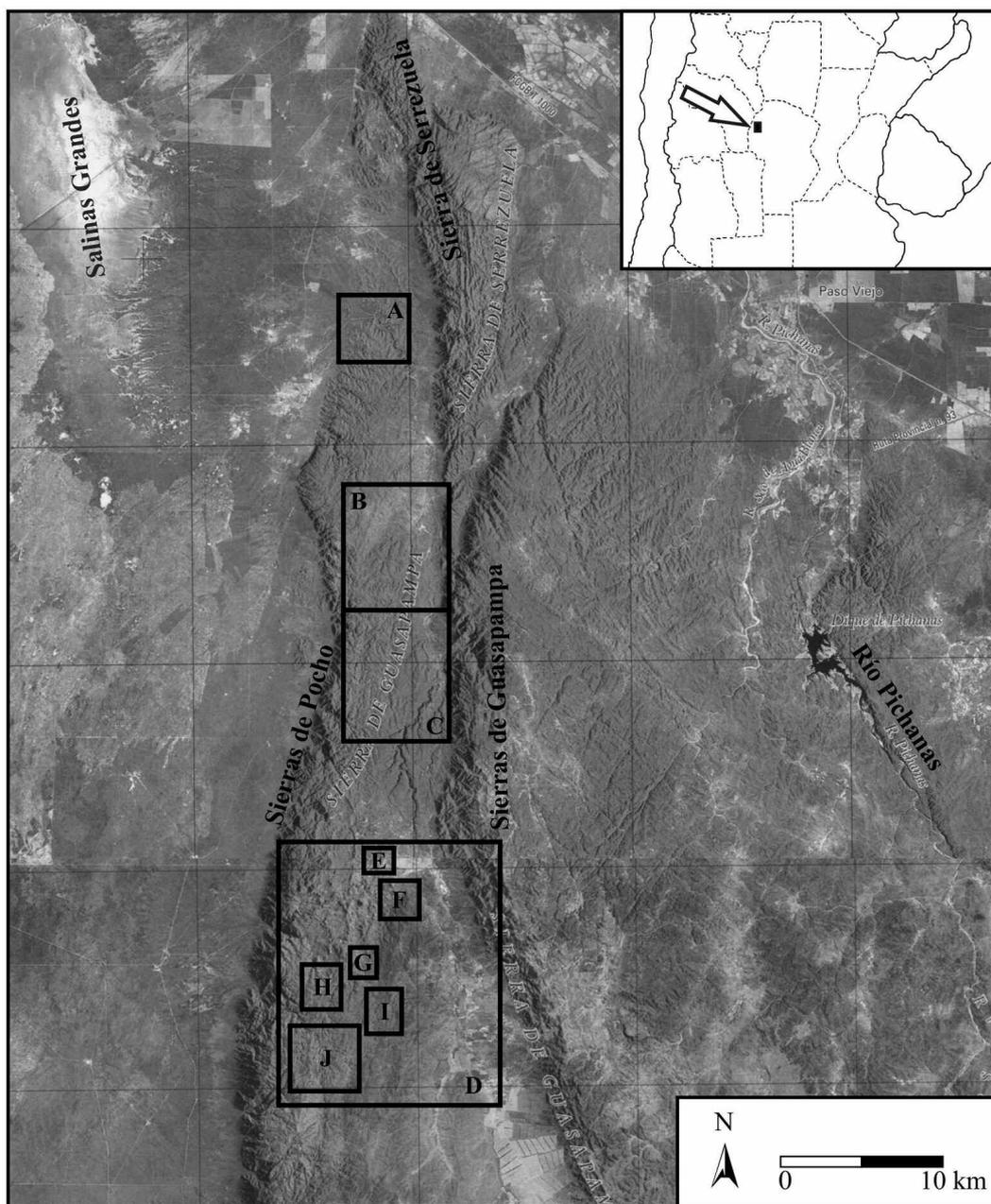


Figura 1. Localización de las áreas mencionadas en el texto. El valle de Guasapampa y zonas aledañas. Áreas investigadas: (A) Ampiza; (B) Agua de Ramon; (C) Totorá Huasi; (D) área de La Playa, subáreas; (E) La Pampita; (F) Cerco de la Cueva; (G) Yaco Pampa; (H) Cerco de Otto; (I) Barranca Honda; (J) Charquina.

gráfico dentro del cual se inserta la microregión objeto del presente estudio. Guasapampa es un pequeño valle intermontano limitado al este por las sierras de Guasapampa y al oeste por las de Pocho. Su longitud aproximada es de 60 km y su altitud,

descendente de sur a norte, varía entre 700 y 250 msnm (Figura 1).

Para este estudio distinguimos dos secciones, sur (GS) y norte (GN), separadas por una estrecha quebrada por donde discurre encajonado el colec-



tor principal del valle, el Río Guasapampa, en un trayecto central de aproximadamente 10 km.

El área se caracteriza por un ambiente árido y por un marcado déficit hídrico, condición que se incrementa paulatinamente de sur a norte, puesto que el citado curso de agua, de régimen intermitente en GS, disminuye significativamente su caudal en GN hasta desaparecer por infiltración. En GN el agua sólo está disponible después de las lluvias estivales, cuando el río y sus afluentes se activan por algunas horas y llenan depósitos naturales localizados en medio de los cauces (llamados “pozos” o “cajones” por los lugareños), que luego retienen el líquido por algunos días o semanas.

La cobertura vegetal corresponde a la formación del *Chaco Serrano* (Demaio et al. 2002), en su transición con el Chaco Seco (Karlin et al. 1994). Las especies arbóreas más destacadas son los algarrobos (*Prosopis* spp.), chañar (*Geoffroea decorticans*) y mistol (*Zizyphus mistol*), que cuentan con frutos comestibles. La fauna incluye al chancho del monte o pecarí de collar (*Pecari tajacu*), la corzuela o cabra del monte (*Mazama guazoupira*), armadillos (*Chaetophractus* spp., *Dasypus hybridus*, *Tolypeutes matacus*), vizcachas (*Lagostomus maximus*) y reptiles como el lagarto o iguana (*Tupinambis merinae*). En las planicies localizadas al norte y oeste del valle, en paisajes con vegetación abierta que rodean a las Salinas Grandes, existen poblaciones de guanacos (*Lama guanicoe*) y ñandúes (*Rhea americana*).

El déficit hídrico y el clima seco, sumados a las características de los suelos y a la acción de las heladas, hacen a la zona poco apta para la agricultura, en especial a GN. Sin embargo, estas condiciones naturales también se traducen en un notable desarrollo de las especies arbóreas y arbustivas, de gran importancia para los grupos aborígenes que ocuparon el área.

Este entorno chaqueño transicional entre las serranías bajas y el gran bolsón de las Salinas Grandes, presenta un patrón de ocupación disímil con respecto a los valles con cabeceras de cuenca en las Sierras Grandes, tanto orientales (Punilla, Calamuchita), como septentrionales (Cruz del Eje, Soto) y occidentales (Salsacate, Traslasierra). En estos valles la disponibilidad permanente de agua permitió, durante el período prehispánico tardío (ca. 1400–400 a.P.), una ocupación residencial y agrí-

cola que se manifiesta a través de numerosos sitios arqueológicos a cielo abierto, conformados por viviendas semi-subterráneas o “casas-pozo”, asociadas a parcelas de cultivo (Berberían 1984; Pastor 2007–2008; Pastor y Berberían 2007).

Este uso residencial de los valles se combinó con la movilidad hacia paisajes que podríamos describir como marginales para la producción agrícola (i.e., pastizales de altura o ambientes chaqueños áridos), pero que proporcionaron recursos silvestres significativos para la subsistencia. Este patrón responde al desarrollo de una economía mixta que combinaba la agricultura con la caza-recolección. En este contexto se enmarca la ocupación del Valle de Guasapampa, es decir, la de un entorno integrado a los circuitos de movilidad a partir del desarrollo de prácticas extractivas estacionales. De este modo, se llegó a producir la construcción y significación de un paisaje particular y diferenciado en el que se negociaron, por medio y a partir del arte rupestre y de las prácticas asociadas, las identidades, pertenencias y exclusiones, así como la demarcación del entorno y sus recursos.

Evidencias Arqueológicas de la Ocupación de Guasapampa

En Guasapampa no registramos sitios residenciales a cielo abierto, muy comunes en otros valles serranos, sino restos superficiales en lugares puntuales, con densidades medias o bajas (i.e., útiles y desechos líticos, fragmentos cerámicos). Se trataría de ocupaciones recurrentes aunque discretas y de corta duración, ligadas a la explotación de los recursos forestales y adscritas por las características tecnológicas al período posterior a ca. 1500 a.P. (Pastor y Recalde 2009; Recalde 2008–2009). En otros casos, la ausencia total de cerámica, vinculada en la arqueología local a los contextos tardíos, así como la presencia, siempre en densidades mínimas, de determinados tipos de puntas de proyectil (i.e., lanceoladas y triangulares apedunculadas), darían cuenta de una ocupación muy esporádica y discontinua del paisaje entre fines del Holoceno Temprano y comienzos del Tardío (ca. 7500/2000 a.P.).

Sin embargo, ambas secciones del valle muestran señales de una ocupación intensa y diferencial durante el período prehispánico tardío, con un grado de agregación social distinto, objetivado a través de las prácticas desarrolladas en torno a los sitios con arte rupestre.



Tabla 1. Fechas radiocarbónicas de Guasapampa Sur.

Sitio	Cronología	Referencias
Yaco Pampa 1	1360 ± 60 a.P. (LP-1812)	Recalde 2008-09: 65
Charquina 2	1190 ± 70 a.P. (LP-2060) 1090 ± 40 a.P. (LP-2417) 1060 ± 60 a.P. (LP-1882; carbon; $\delta^{13}\text{C} = -24 \%$)	Recalde 2008-09: 64
Cerco de la Cueva 3	390 ± 60 a.P. (LP-1709)	Recalde 2008-09: 64

GS presentó un uso intensivo del paisaje, con una ocupación concentrada en una superficie que no supera los 20 km², sobre un total de 150 km² prospectados. Aquí registramos 42 sitios, en 36 de los cuales documentamos representaciones rupestres. El 22.2 por ciento (n = 8) muestra materiales en superficie en asociación directa con los paneles. La evidencia recuperada incluye instrumentos de molienda fijos, desechos e instrumentos líticos y fragmentos cerámicos, presentes en densidades medias y bajas. Estos hallazgos permiten verificar el desarrollo de diferentes actividades de producción, procesamiento y consumo, habitualmente vinculadas de manera directa con la ejecución y observación del arte rupestre. Las particularidades tecnológicas de los conjuntos analizados sugieren que estas actividades se llevaron a cabo en momentos posteriores a ca. 1500 a.P.

Los útiles de molienda pasivos en rocas fijas, en algunos casos emplazados en los pisos rocosos de los abrigos con representaciones, o en cercanías de los mismos, se presentan en agrupaciones que no superan los dos o tres instrumentos, con la excepción de dos sitios de mayor tamaño localizados próximos a cursos de agua de régimen estacional (Yaco Pampa 1 con 12 instrumentos y Yaco Pampa 2 con cuatro).

La información arqueológica más completa proviene de los depósitos excavados en dos tafones, o bloques de tonalita redondeados y ahuecados por la acción de agentes erosivos (Charquina 2 y Cerco de la Cueva 3), así como en un alero (Cerco de la Cueva Pintada) y en un sitio a cielo abierto (Yaco Pampa 1), este último con representaciones rupestres emplazadas en abrigos rocosos cercanos (Recalde 2008-09). Los datos obtenidos permitieron profundizar sobre las particularidades de la ocupación y definir un marco cronológico inicial en base a fechas absolutas (Tabla 1).

Se trata de sitios monocomponentes, discretos y ocupados en forma recurrente durante la temporada estival por un número reducido de personas, probablemente unidades familiares. Los materiales arqueológicos recuperados en la estratigrafía (fragmentos cerámicos, útiles y desechos líticos, restos arqueofaunísticos) dan cuenta de la realización de actividades de procesamiento y consumo de alimentos de origen animal y vegetal, así como de mantenimiento y reparación de herramientas.¹ La estacionalidad de las ocupaciones está indicada por los restos faunísticos y botánicos consumidos en estos lugares (Recalde 2008–2009). Entre los primeros se registra una alta frecuencia de cáscaras de huevos de Rheidae, un recurso con un margen de disponibilidad acotado a los meses de postura y anidación, entre diciembre y febrero (Rivero et al. 2010). En la misma línea se agregan los silico-fitolitos recuperados entre las sustancias carbonosas adheridas a las paredes de fragmentos cerámicos, asignados a los frutos del algarrobo y chañar, cuya maduración y recolección se realiza en los meses de verano, de enero a marzo. Finalmente, las dataciones radiocarbónicas efectuadas en tres de los sitios establecen un rango de ocupación para la sección entre ca. 1400 y 400 a.P. (Tabla 1).²

El emplazamiento de los sitios en relación con las fuentes de agua muestra diferentes situaciones, ya que se localizan a distancias variables del colector principal o de cursos estacionales que sólo se activan después de las lluvias estivales. Podemos sostener que la disponibilidad hídrica no constituyó un condicionante para la ocupación efectiva de GS, ya que sólo un 36.1 por ciento (n = 13) de los sitios se encuentran a corta distancia (menos de 200 m) de cursos de agua, tratándose de arroyos que permanecen secos la mayor parte del año.

En el caso de GN documentamos 41 sitios arqueológicos prehispánicos, de los cuales 14 con-



tienen paneles con arte rupestre (los restantes comprenden sitios de molienda y dispersiones de restos superficiales a cielo abierto). Dos de estos sitios incluyen, además, estructuras píricas enterradas u “hornitos” (Pastor y Recalde 2009). Dichas estructuras son comunes en sitios arqueológicos de las tierras bajas del centro de Argentina, y en términos generales pueden ser atribuidas al Holoceno Tardío (Ceruti 1998). En cuanto a su funcionalidad, las hipótesis más extendidas las vinculan con prácticas culinarias o de almacenamiento, aunque también se les ha relacionado con rituales funerarios (i.e., cremaciones) (Martín 2006).

A diferencia de GS, no se detectaron depósitos estratificados asociados con los sitios con arte rupestre. Esto limita las posibilidades de acceder a una visión más amplia de las actividades que acompañaron a la ejecución y observación de las imágenes, y de establecer una cronología más precisa. La frecuente asociación de los sitios con el colector principal y sus afluentes ha favorecido los procesos erosivos, que provocan la pérdida de suelos o las remociones y re-depositaciones de sedimentos. Sólo en ocasiones puntuales se registraron restos superficiales en densidades medias y bajas, consistentes en instrumentos líticos, desechos de talla y fragmentos cerámicos, estos últimos presentes en forma invariable. Esta observación, junto a los tipos de puntas de proyectil recuperadas, constituye un elemento diagnóstico para una adscripción general de los sitios a momentos posteriores a ca. 1500 a.P. (Pastor 2010; Pastor y Recalde 2009).

Más allá de estas limitaciones, se presentan posibilidades de profundizar la comprensión del modo de utilización de los sitios y del paisaje en general a partir del análisis de los instrumentos de molienda pasivos en rocas fijas. Un primer punto que puede ser precisado es el grado de articulación espacial entre la molienda y la ejecución de las imágenes. Distinguimos sitios donde esta articulación no se observa ($n = 7$), sitios con arte rupestre relativamente cercanos a útiles de molienda (entre 100 y 500 m; $n = 4$), y otros donde ambas actividades coincidieron en un mismo espacio (menos de 50 m; $n = 3$). La estimación del número posible de usuarios simultáneos de los instrumentos da cuenta de la interacción de pocos individuos en cada lugar (entre uno y ocho), lo cual sugiere un panorama semejante al detectado en GS.³ Un aspecto donde el análisis de esta materialidad expone sensibles

diferencias internas en la ocupación de GN, se desprende del número de sitios e instrumentos presentes en cada una de las subáreas documentadas. Así, en la subárea contigua a GS (Totorá Huasi/ Agua de Ramón), con un total de 150 km² prospectados, sólo registramos 12 sitios de molienda que apenas suman 25 instrumentos. Por el contrario, en Ampiza, en el extremo norte del valle, relevamos 14 sitios con un total de 80 instrumentos, en una superficie menor que sólo ocupa 45 km². Además de una ocupación más intensiva del paisaje en la última subárea, también queda sugerido un mayor nivel de agregación social, ya que el promedio de instrumentos por sitio es de 6.1, frente al 2.1 registrado en Totorá Huasi/Agua de Ramón.

En todos los casos es clara la asociación de los paneles con arte rupestre con las aguadas. Seis sitios de 14 se encuentran en paredones y bloques a cielo abierto directamente en las márgenes del colector principal, mientras que dos se localizan en quebradas tributarias a menos de 300 m de la juntura con el río. De los seis sitios restantes, cuatro se emplazan en fondos de quebradas laterales o tributarias, en puntos donde permanece almacenada el agua de lluvia (i.e., pozos y cajones). Los últimos dos se relacionan con vertientes activas de mínimo caudal (el “agua” de Ramón y el “agua” del Sarco), las únicas existentes en kilómetros de serranías.

Como ocurre en GS, la ocupación de la mayoría de los sitios puede ser referida a una escala doméstica de interacción social (o a lo sumo implicando la interacción de pocas unidades familiares), con un marcado carácter estacional en función de la disponibilidad estival de agua, frutos silvestres y otros recursos como los huevos de ñandú. Sin embargo, la localización de los grabados no tiende a coincidir con los lugares donde se llevaron a cabo las prácticas de procesamiento y consumo de alimentos.

La información recuperada en ambas secciones del Valle de Guasapampa se integra a un marco regional que indica el desarrollo, durante el período prehispánico tardío, de una alta movilidad residencial. La mínima densidad de materiales presumiblemente anteriores a ca. 1500 a.P. constituye un indicador de que GS y GN habrían sido incorporados efectivamente a los circuitos de movilidad estacional con posterioridad a esa fecha, situación que pudo extenderse hasta la conquista española a fines del siglo dieciséis (Recalde 2008–2009, 2010).⁴



Tabla 2. Distribución de tipos de motivos entre las subáreas de GS y GN.

MOTIVOS	Guasapampa Sur						Guasapampa Norte	
	CC	Ch	BH	CO	YP	LP	AR/TH	Amp.
Camélido	73	191	85	35	18	11	2	44
Rheido	6	14	-	5	-	-	-	-
Ave (huella)	5	1	-	-	-	-	1	-
Cérvido	-	1	4	2	2	-	-	-
Cánido	2	1	1	1	-	-	-	1
Teñido	-	2	11	-	-	-	1	-
Felino	-	-	-	1	-	-	-	-
Felino (huella)	-	-	-	-	-	-	1	-
Suido	-	-	-	-	1	-	-	-
Zoomorfo (cuero)	1	1	-	-	-	-	-	-
Equino	-	4	-	-	-	-	-	-
Antropomorfo canon A	6	3	2	-	-	1	5	4
Antropomorfo canon B	-	1	-	-	-	-	7	3
Antropomorfo canon C	-	-	2	-	-	-	17	13
Fitomorfo	-	2	-	-	1	-	-	-
No Figurativo	53	125	13	17	8	33	74	39

Nota: CC: Cerco de la Cueva; Ch: Charquina; BH: Barranca Honda; CO: Cerco Otto; YP: Yaco Pampa; LP: La Pampita; TH/AR: Totorá Huasi/Agua de Ramón; Amp: Ampiza.

Características del Arte Ruprestre de Guasapampa Sur

Dentro de esta sección y en el área denominada La Playa, en el piedemonte oriental de las sierras de Pocho, identificamos siete subáreas entre las que se distribuyen los sitios con representaciones ruprestres. Aquí sólo consideramos seis de ellas, que son las que permiten definir puntos concretos de comparación entre ambas secciones del valle. Estas subáreas están definidas por la proximidad de los sitios, por su emplazamiento en contextos topográficos similares y por la ubicación en espacios reconocidos por la toponimia local y/o cartográfica. Estas son Cerco de la Cueva, Charquina, Barranca Honda, Cerco Otto, Yaco Pampa y La Pampita (Figura 1), donde documentamos 34 sitios con arte ruprestre distribuidos en un total de 48 paneles. El 95.8 por ciento de los mismos (n = 46) está ejecutado sólo con pintura, en tanto que la combinación con grabados se restringe al 4.2 por ciento (n = 2).

La especificación tipológica de los motivos permite diferenciar entre figurativos (zoomorfos, antropomorfos y fitomorfos) y no figurativos (geométricos e indefinidos). Hay un claro predominio de los primeros y particularmente de los zoomorfos (Tabla 2), entre los que se reconoce una variedad de especies como los camélidos, cérvidos, cánidos, suidos, teñidos, rheidos y equinos (Recalde 2009). No obstante, esta diversidad se desdibuja

por la importancia cuantitativa de los camélidos dado que constituyen el 86.2 por ciento (n = 413) del total de representaciones zoomorfas (Figura 2). La posición dominante de estos animales frente a otras representaciones se ve reforzada con el análisis de las asociaciones temáticas, ya que éstas se definen por su presencia en más de un 85.5 por ciento de los casos. En la Tabla 3 se aprecia que los camélidos constituyen el rasgo constante y el elemento a partir del cual se estructuran la mayoría de los temas en GS, al punto de conformar escenas en sí mismos.

Sin embargo, detrás de la aparente homogeneidad marcada por su presencia casi constante, se perciben diferencias significativas a partir de la inclusión en los paneles de las restantes representaciones (Tabla 3). Se les asocian antropomorfos, teñidos, rheidos, cérvidos, fitomorfos y no figurativos (lineales, circulares y cuadrangulares), registrándose más de una escena en un mismo sitio. Son estas asociaciones las que nos permiten, desde una perspectiva de grano fino, detectar dentro del universo total los elementos únicos o particularizantes, que otorgan especificidad a cada subárea (v.g. camélido/ucle, restringido a Charquina; Figura 3) o a algunas de ellas (v.g., camélido/rheido/no figurativo, presentes en Cerco de la Cueva y Charquina; Figura 4). En consecuencia, existieron asociaciones de amplia circulación en el paisaje,

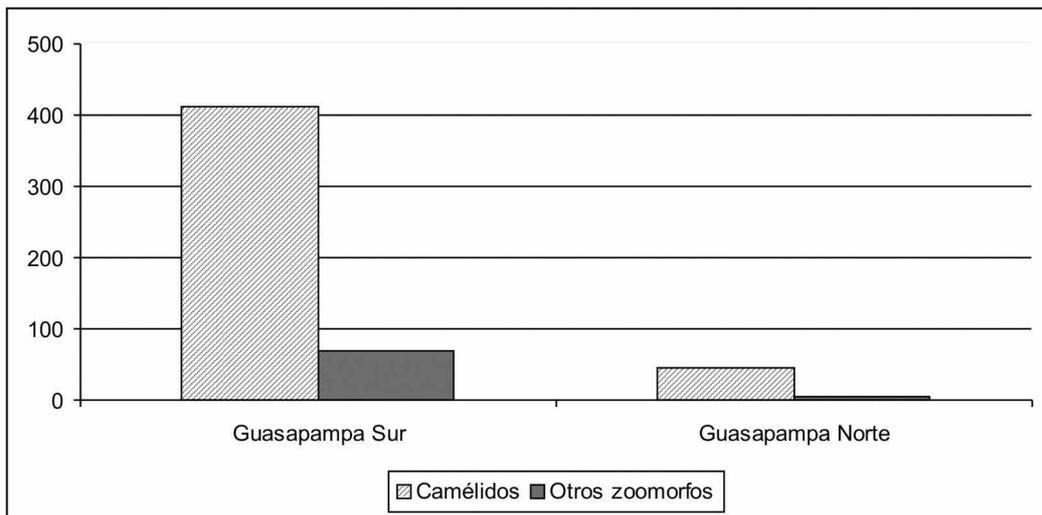


Figura 2. Representatividad de los camélidos entre los motivos zoomorfos de GS y GN.

mientras que otras mostraban una distribución más acotada. Es decir que algunos elementos iconográficos fueron ampliamente compartidos por los grupos que ocuparon GS, en tanto que otros permanecían limitados a determinadas subáreas o, en forma aún más puntual, a sitios particulares.

Estas diferencias se acrecientan al analizar los diseños o cánones de construcción (sensu Aschero 1996) de los camélidos involucrados en las asociaciones de motivos. Este análisis permitió distinguir cinco cánones que muestran patrones constructivos disímiles (Recalde 2009). Para evitar una descripción pormenorizada de todos los diseños sólo caracterizaremos a aquellos que, por estar presentes en la mayoría de las subáreas de GS, nos permitirán fijar puntos de comparación con GN, donde también fueron documentados (Recalde y Pastor 2011).

El canon A se caracteriza por un esquema constructivo que parte de un cuerpo de forma elíptica al que se agregan el cuello, cabeza, extremidades y cola. En general son respetadas las proporciones entre el tronco y las extremidades. El cuerpo del animal se muestra de perfil, pero los restantes elementos constitutivos no, pues se indican las cuatro patas y las dos orejas. Se reconocen algunos patrones constructivos o variaciones en el interior de este canon (Figura 5). Esta resolución de diseño se presenta en todas las subáreas, conformando el 58.1 por ciento ($n = 240$) del total de los 413 camélidos,

y se encuentra en el 61.6 por ciento ($n = 16$) de los temas definidos para GS.

El canon C se define por un cuerpo de base cuadrangular. Se destaca la combinación de planos, con indicación de dos patas y dos orejas, lo cual señala que la figura no se encuentra de perfil absoluto. No obstante, esta resolución no es uniforme ya que algunos patrones exhiben las cuatro extremidades (Figura 5). Está ejecutado en cuatro subáreas (Cerco de la Cueva, Charquina, Barranca Honda y La Pampita), donde representa sólo el 3.7 por ciento ($n = 18$) de los motivos y puede ser reconocido en el 12.9 por ciento ($n = 4$) del total de temas identificados en la sección meridional de Guasapampa.

Finalmente, en lo que respecta al diseño de los restantes motivos, nos detendremos en uno en particular cuya presencia permite trazar vínculos y discrepancias con GN. Se trata de la figura humana, que muestra algunas variaciones formales en su resolución y se registra en las subáreas de Cerco de la Cueva, Charquina, Barranca Honda y La Pampita, comprendiendo un 23.5 por ciento ($n = 8$) del total de sitios (Figura 6). Sin embargo, en términos absolutos este motivo tiene una baja frecuencia en GS, tanto en el total de representaciones, con sólo el 2 por ciento ($n = 15$), como en el total de los 26 temas reconocidos en esta sección, con el 11.5 por ciento ($n = 3$). El primero de los cánones (A) se caracteriza por la ejecución del tronco, piernas y brazos mediante trazos lineales. En la mayoría de



Figura 3. Detalle de uno de los paneles documentados en la subárea de Charquina.

los casos no están indicados la cabeza ni el cuello, y cuando se incorporan sólo aparecen como una prolongación del tronco o como un pequeño trazo perpendicular al cuerpo. Este diseño, identificado en 10 de las figuras antropomorfas, suele vincularse con camélidos del canon A y con motivos no figurativos.

Otras resoluciones, definidas específicamente por su comparación con GN, corresponden a una variación del canon B y otra del canon C, identificadas en las subáreas de Charquina y Barranca Honda, respectivamente. El primero está representado por un motivo con un diseño lineal de los brazos y piernas, con el detalle de un tocado cefálico en forma de “V”, que permite definirlo como un patrón esquemático del canon B. Finalmente, el último canon (C) se caracteriza como una expresión muy abstracta, limitada a la representación de dos cabezas con tocados (Figura 6).

Este análisis del contenido de los paneles debe sumar una mirada que contemple a los soportes y

sus emplazamientos en el paisaje. De este modo, se intenta establecer cómo las condiciones definidas por la selección de un tipo de lugar o soporte sobre otro resultan significativas para comprender el papel del arte rupestre entre las comunidades que lo produjeron.

En GS se documentaron tres tipos de soportes rocosos para la realización de las representaciones: tafones, aleros y salientes (Figura 7). Los primeros, con el 55.8 por ciento ($n = 19$) de los 34 casos, dominan la muestra, seguidos por los aleros con el 41.1 por ciento ($n = 14$) y las salientes con sólo el 2.9 por ciento ($n = 1$). Esta elección tiene una influencia directa en las condiciones de visibilidad de los motivos para aquel que desconozca su localización, dado que es necesario ingresar a los abrigos para poder observar lo ejecutado (Figura 7). La situación de acceso restringido u observación no participativa aumenta considerablemente si tomamos en cuenta que, en algunos aleros, el acercamiento a las figuras tiene cierto grado de

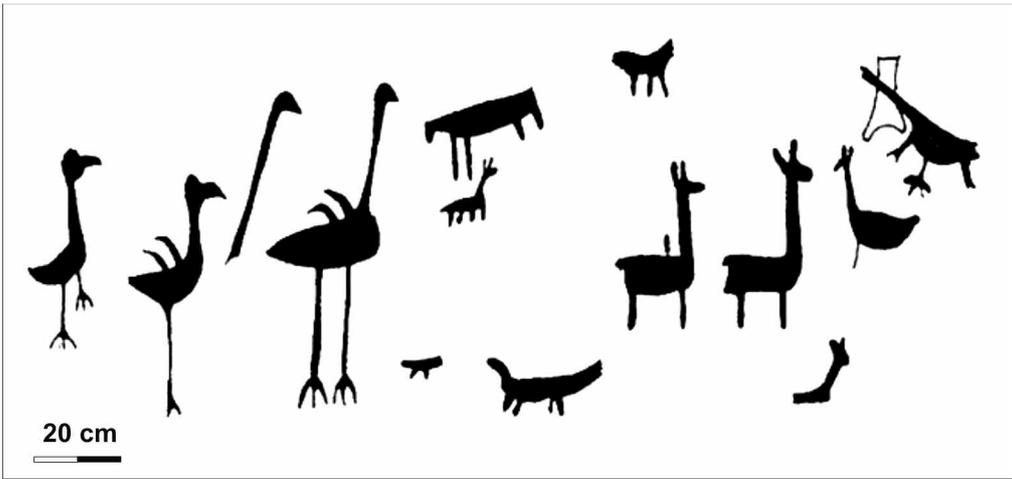


Figura 4. Panel documentado en la subárea de Cerco de la Cueva.

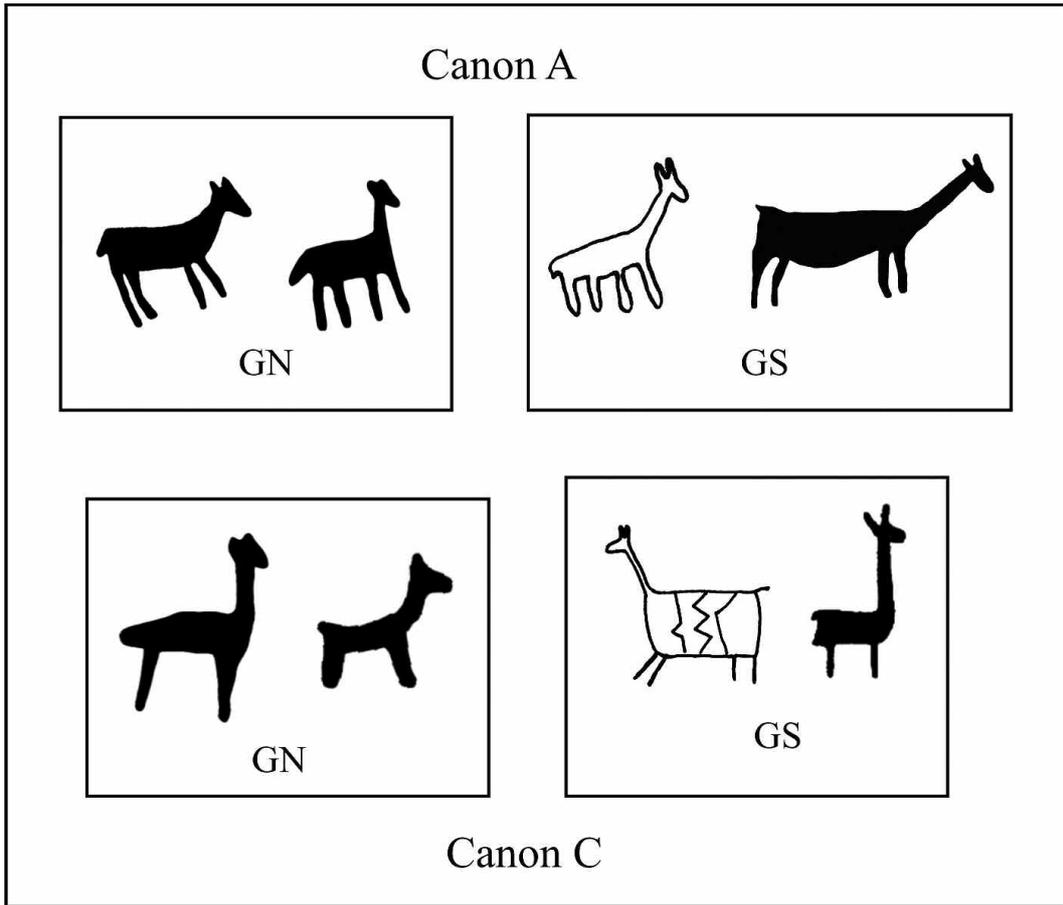


Figura 5. Detalle de los cánones de camélidos identificados en GS y GN.



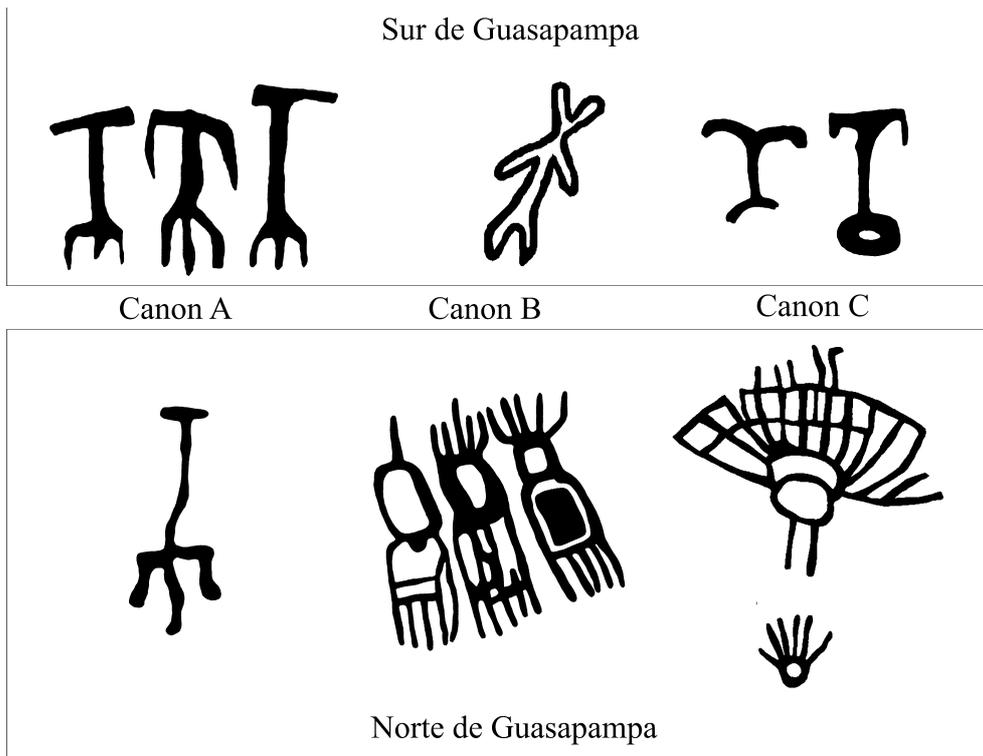


Figura 6. Tipos de diseños de antropomorfos presentes en GS y GN.

condicionamiento, ya que no es factible distinguir o diferenciar de otras formaciones rocosas aledañas el soporte en el cual se ubican las figuras (Figura 8). Al incorporar al análisis aquellos soportes que presentan estas condiciones, la visibilidad total o alta de los paneles se ve reducida a un 14 por ciento ($n = 5$), sobredimensionando la situación contraria, es decir, la de invisibilidad o visibilidad restringida de lo representado.

El Arte Rupestre de Guasapampa Norte

En GN no se observa el patrón altamente concentrado que registramos en GS. La menor densidad de sitios y paneles se dispone precisamente en la zona de transición entre ambas secciones, en la subárea de Totorá Huasi/Agua de Ramón (Figura 1), con sólo ocho sitios con arte rupestre en 150 km² prospectados. La restante subárea, Ampiza, en el extremo norte del valle, presenta una densidad mayor, con seis sitios con arte en 45 km² (Figura 1). Ambos valores se ubican muy por debajo de los

casi dos sitios por kilómetro cuadrado documentados en GS.⁵

Los sitios de GN se relacionan con el colector principal o con quebradas tributarias y laterales alojadas entre las sierras de Pocho, que en este sector se limitan a un intrincado sistema de lomadas que constituye la extremidad de dicho encadenamiento.

Los 14 sitios documentados contienen 20 paneles con representaciones grabadas. En ningún caso se identificaron imágenes pintadas. Se distinguen motivos figurativos (zoomorfos y antropomorfos) y no figurativos (geométricos e indefinidos) (Tabla 2). Entre los zoomorfos se observa un amplio predominio de los camélidos (92 por ciento) pero, a diferencia de GS, estos no son abrumadoramente mayoritarios, ni en el total de sitios ni en la composición de las asociaciones temáticas (Figura 2). Los camélidos se presentan en seis sitios (42.8 por ciento) y, como lo indica la Tabla 3, en un 40 por ciento de los temas (Tabla 3). Además, su distribución no es homogénea a lo largo del sector considerado. Entre Totorá Huasi y Agua de Ramón,

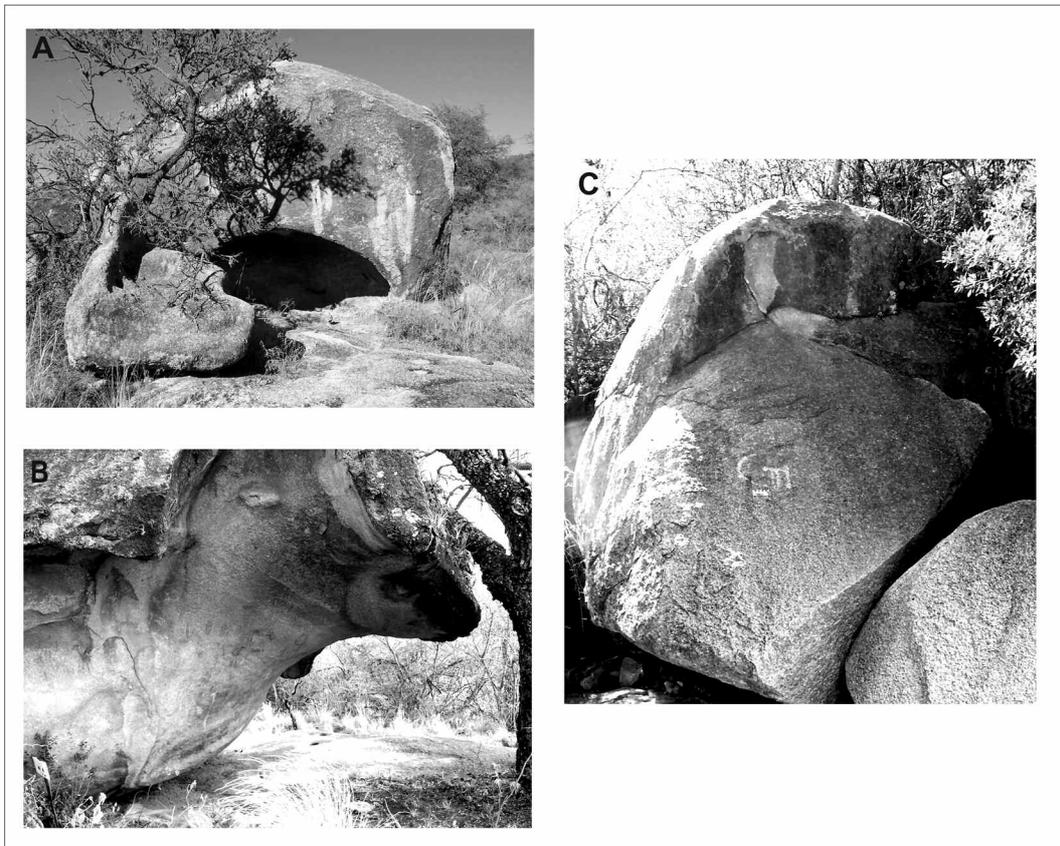


Figura 7. Tipos de soportes identificados en GS: (A) tafón; (B) alero; (C) saliente.

subárea adyacente a GS, su presencia es mínima: sólo se observaron figuras de camélidos en dos de ocho sitios, limitadas en ambos casos a un único motivo en posición marginal dentro de los paneles. Por el contrario, en Ampiza se presentan camélidos en cuatro de seis sitios, siendo estas figuras estructurantes de un 66.7 por ciento de las asociaciones temáticas (Tabla 3). Además, su frecuencia es más significativa puesto que alcanzan el 42 por ciento ($n = 44$ de 104 casos), frente a un 1.9 por ciento registrado en Totorá Huasi/Agua de Ramón ($n = 2$ de 108 casos). En casi todos los casos se observan coincidencias con GS a nivel de los diseños, con la presencia de los cánones A (60.9 por ciento) y C (39.1 por ciento) (Figuras 5 y 9). Sin embargo, la inexistencia de otros cánones reconocidos en GS y también en Serrezuela, al norte de Ampiza (Figura 1), indica que se utilizaron pocas modalidades de diseño, precisamente aquellas más compartidas, de circulación irrestricta y generalizada en la región (Recalde y Pastor 2011).

En contraste con GS, las restantes representaciones zoomorfas están casi ausentes (Tablas 2 y 3). Sólo se cuentan cuatro motivos asignados a diferentes especies y emplazados en distintos sitios: un teñido (subárea Totorá Huasi), una pisada de ave (subárea Totorá Huasi), una pisada de felino (subárea Agua de Ramón) y un cánido (subárea Ampiza) (Figura 9). No se registraron cérvidos, ruidos, equinos, suidos ni motivos fitomorfos.

El análisis de las representaciones antropomorfas permite una aproximación a la variabilidad interna del arte de GN, así como establecer puntos de contacto y oposición con el panorama registrado en GS y en otras zonas adyacentes como el cordón de Serrezuela (Figura 1) (Pastor 2009, 2010). En GN las figuras humanas son más frecuentes y variadas que en GS: están presentes en un 71.4 por ciento de los sitios y en un 60 por ciento ($n = 6$) de las asociaciones temáticas. Se pueden diferenciar tres cánones generales (Figura 5). El primero de ellos (A; 18.4 por ciento, $n = 9$ de los 49 casos en GN)



Tabla 3. Asociaciones temáticas en el arte rupestre de Guasapampa, donde se resaltan los temas compartidos por GS y GN.

TEMA	Guasapampa Sur						Guasapampa Norte	
	CC	Ch	BH	CO	YP	LP	TH/AR	Amp.
Camélidos	1	4	3	1	2	-	2	1
Camélido, suido y no figurativo	-	-	-	-	1	-	-	-
Camélidos y rheidos	-	3	-	-	-	-	-	-
Camélidos, rheidos, teñidos	-	1	1	-	-	-	-	-
Camélidos, rheidos, no figurativo	1	3	-	-	-	-	-	-
Camélidos, pisadas de ave, no fig.	1	-	-	-	-	-	-	-
Camélidos, rheidos, cánidos	1	-	-	-	-	-	-	-
Camélidos, rheidos, teñidos, cánidos	-	1	-	-	-	-	-	-
Camélidos, cérvidos	-	1	1	-	-	-	-	-
Camélidos, cérvidos, rheidos	-	-	-	1	-	-	-	-
Camélidos, cérvidos, no fig.	-	1	-	-	1	-	-	-
Camélidos, felino	-	-	-	1	-	-	-	-
Camélidos, cánido	2	-	1	1	-	-	-	-
Camélidos, teñidos y cérvidos	-	-	1	-	-	-	-	-
Camélidos y antropomorfo A	-	-	1	-	-	-	-	1
Camélidos, antrop. A, no figurativos	1	3	-	-	-	1	-	-
Camélidos, antrop. A, cánido, no figs.	-	-	-	-	-	-	-	1
Camélidos, antrop. B, rheidos, no fig.	-	1	-	-	-	-	-	-
Camélidos, fitomorfos	-	1	-	-	-	-	-	-
Camélidos, no figurativos	5	7	-	1	1	1	-	3
Cérvidos, camélido y cánido	-	-	1	-	-	-	-	-
Rheidos	-	1	-	2	-	-	-	-
Rheido, cánido y no figurativos	-	1	-	-	-	-	-	-
Equinos, no figurativos y teñido	-	3	-	-	-	-	-	-
Fitomorfo	-	-	-	-	1	-	-	-
Antropomorfos B y/o C	-	-	1	-	-	-	1	1
Antropom. A, B y C, teñido, no fig.	-	-	-	-	-	-	1	-
Antropomorfos B y/o C, no figs.	-	-	-	-	-	-	2	1
Antropom. C, no figs, pisada de felino	-	-	-	-	-	-	1	-
No figurativos	-	-	1	-	-	-	7	-
No figurativos, pisada de ave	-	-	-	-	-	-	1	-

Nota: CC: Cerco de la Cueva; Ch: Charquina; BH: Barranca Honda; CO: Cerco Otto; YP: Yaco Pampa; LP: La Pampita; TH/AR: Totorá Huasi/Agua de Ramón; Amp: Ampiza.

se distingue por su esquematismo y por la habitual indicación del sexo. Presenta claras similitudes con los motivos registrados en GS. En el canon B (20.4 por ciento, $n = 10$) no siempre se distingue el sexo sino que sobresale la ejecución de distintos aditamentos como vestimentas y tocados. El tercero (C; 61.2 por ciento, $n = 30$) se restringe a la representación de la cabeza, habitualmente sin indicación de rasgos faciales para destacar, en su lugar, a los tocados generalmente radiados.

Como ocurre en GS, las figuras humanas del canon A se asocian a camélidos, y en uno de los sitios (Ampiza 2) también a un cánido y a un motivo no figurativo (Figura 9). Por su parte, los cánones B y C se concentran en GN y en zonas adyacentes como el occidente de Serrezuela (Pastor 2009,

2010), por lo que constituyen modalidades de diseño que tienden a establecer contrastes entre las dos secciones del Valle de Guasapampa.

Los antropomorfos con aditamentos del canon B están presentes en cuatro de los 14 sitios de GN (28.6 por ciento) y en tres de las asociaciones temáticas definidas (Tabla 3), representativas de un 30 por ciento del total en GN. Los principales motivos asociados son antropomorfos de los restantes cánones y no figurativos (circulares y lineales).

El canon C (cabezas con tocados) es más frecuente, ya que se presenta en un 50 por ciento de los sitios y en un 40 por ciento de las asociaciones temáticas ($n = 4$). Estas últimas incluyen su vinculación con antropomorfos de otros cánones, motivos no figurativos, y con muy poca frecuen-



Figura 8. Indicación de aleros poco diferenciados en el paisaje de GS.

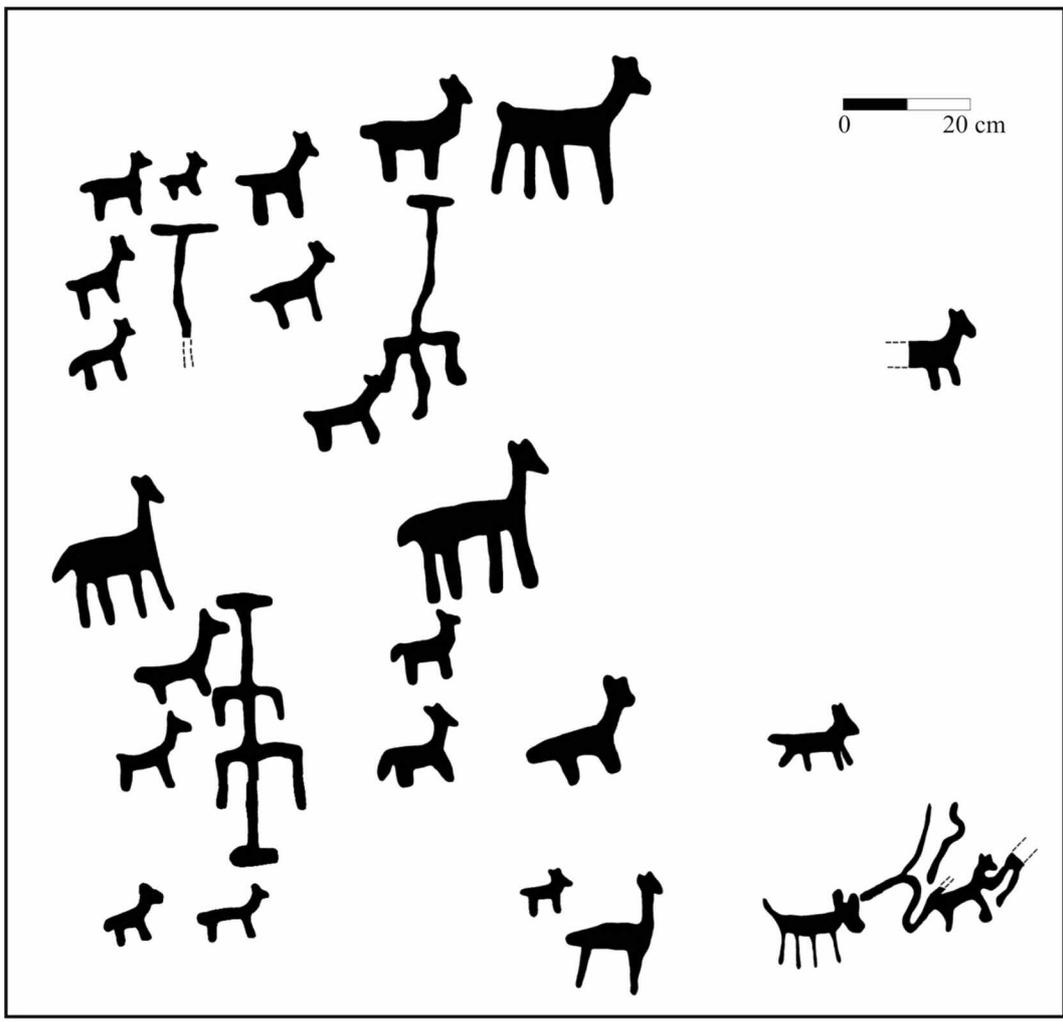


Figura 9. Detalle de un panel documentado en la subárea de Ampiza.

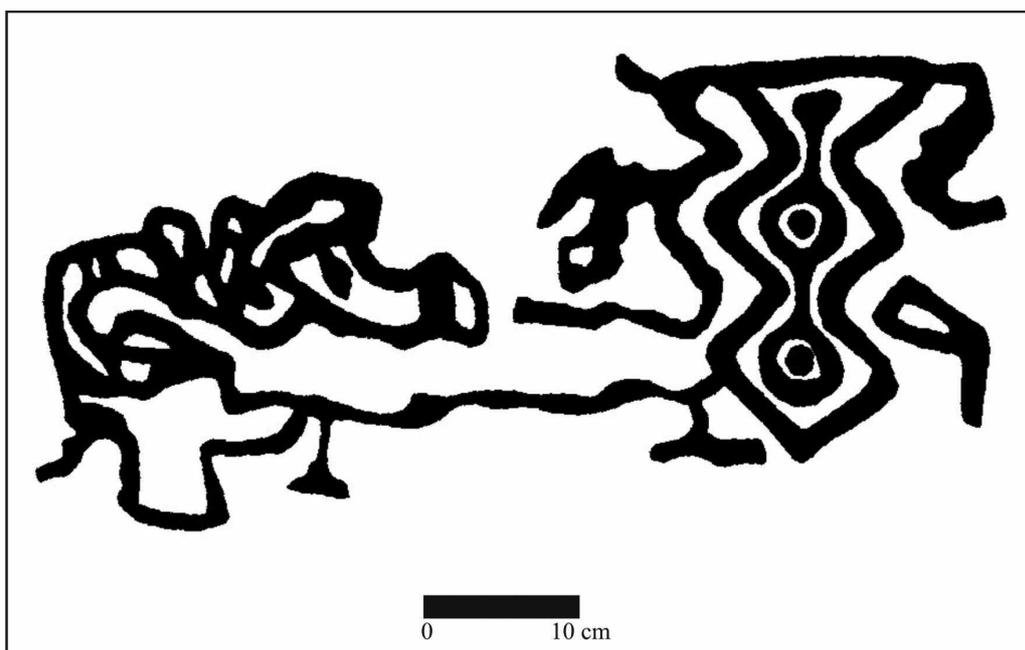


Figura 10. Panel grabado en la subárea de Agua de Ramón.

cia zoomorfos (un camélido y un teñido en un sitio de Totorá Huasi, y una pisada de felino en otro de Agua de Ramón).

La asociación de los antropomorfos del canon A con motivos zoomorfos (camélidos y un cánido) pone de manifiesto semejanzas temáticas con GS. Por el contrario, los antropomorfos B y C no tienden a asociarse con figuras de animales, lo cual acentúa las diferencias temáticas en el arte de las dos secciones del valle (Tabla 3). Las representaciones no figurativas son más frecuentes que en GS. Además de presentarse en la mayoría de los sitios y asociaciones de motivos, estas imágenes (lineales, circulares, cuadrangulares y geométricos complejos) son exclusivas en seis de los 20 paneles registrados (30 por ciento del total; Tabla 3 y Figura 10).

En cuanto a los criterios de elección de los soportes y sus implicaciones con respecto a la visibilidad de las imágenes, observamos su presencia sobre bloques a cielo abierto y aleros (Figura 11). Los primeros son los más frecuentes con un 86 por ciento ($n = 12$) de los casos, mientras que los aleros sólo representan el 14 por ciento ($n = 2$). Se establece una clara oposición con GS ya que los

soportes elegidos confieren una alta visibilidad al arte rupestre para aquellas personas que ocupan o transitan por los diferentes sitios. Aunque sólo algunos paneles puntuales son visibles a gran distancia (v.g., más de 20 m), la mayoría pueden ser observados sin dificultades hasta los 5 o 10 m.

Discusión de las Evidencias

El Valle de Guasapampa constituye un contexto único por la relación que establecen los paneles con imágenes pintadas y grabadas con el paisaje circundante, marcando un punto de contraste con otros valles donde estas expresiones están ausentes o se presentan en sitios muy puntuales y dispersos en el espacio serrano. Además de las significaciones y articulaciones con el entorno, la comparación del arte rupestre de GS y GN da cuenta de una variedad de respuestas sociales, políticas y económicas, objetivadas a través de la cultura material. En este marco, consideramos que las representaciones rupestres de esta microrregión del occidente de Córdoba denotan simbolismos y significados diferentes, así como maneras disímiles de delimitar las relaciones intra e intergrupales.



Figura 11. Soportes de alta visibilidad identificados en GN.

El análisis comparativo de los tipos de motivos permite establecer un primer punto de inflexión. Este se define por la diversidad de representaciones zoomorfas en GS y por la alta frecuencia de camélidos (Tabla 2 y Figura 2). Estas apreciaciones contribuyen a la determinación del universo iconográfico de cada sección, en un punto factible de reducir a la antinomia GS/amplio vs. GN/acotado. Las asociaciones de motivos refuerzan esta diferenciación inicial, tal como se manifiesta en el índice de riqueza temática, con un 83.9 por ciento ($n = 26$) de temas identificados en GS, frente a un 32.3 por ciento ($n = 10$) en GN. Ambas variables aluden al tipo de información transmitida dentro de cada sección y a las unidades o grupos sociales involucrados.

El contraste en torno a la significación de las representaciones se trasluce en un escaso porcentaje de asociaciones temáticas compartidas. Como se observa en la Tabla 3, sólo cinco temas están presentes en ambas secciones, lo que conforma el 16.1 por ciento del total de 31 temas. Esto indica repertorios con poco margen de circulación, denotando aquello que era propio del universo iconográfico y simbólico de los grupos que ocuparon y construyeron cada paisaje. El porcentaje de temas propios es del 50 por ciento en GN y del 80.7 por ciento en GS.

La amplia dispersión de una determinada iconografía y sus asociaciones permiten marcar una cierta uniformidad entre las subáreas de GS. Esta situación no se replica en GN donde se aprecian algunas diferencias internas. En Totorá Huasi/Agua de Ramón, subárea colindante con GS, se observa el menor nivel de coincidencia temática y de tipos

de motivos y cánones constructivos (Tabla 3). Por el contrario, en Ampiza, subárea no contigua, se da una mayor afinidad con GS, definida por la importancia de los camélidos (Tabla 2), y en concreto, por la circulación de dos de sus resoluciones de diseño específicas (cánones A y C). Es importante resaltar que, a pesar de ofrecer mejores condiciones ambientales que Ampiza por la mayor disponibilidad hídrica, el sector colindante con GS presentó una densidad de ocupación muy baja, posiblemente efectuada por grupos pequeños y muy dispersos.

Ante este panorama, ¿es posible entender al espacio que media entre las dos secciones del valle como un límite que “negaba” o excluía la circulación de información común y, en consecuencia, también de las personas que compartían y significaban esos códigos?, o en otros términos ¿podemos proponer que el sector comprendido por Totorá Huasi/Agua de Ramón constituyó un límite para los distintos grupos que ocupaban el sur y el norte del valle? La evidencia material, indicativa de una escasa ocupación efectiva, con bajos porcentajes de temas compartidos y la redundancia de antropomorfos B y C, permite sostener que esta área habría constituido un paisaje de tensión, al que probablemente tenían mayor acceso los grupos de GN y de áreas aledañas como el occidente de Serrezuela, donde el arte rupestre presenta las mismas características (Pastor 2009, 2010). Así, la manera de objetivar esta apropiación del entorno no era mediante la ocupación intensiva, como se evidencia en Ampiza, sino por medio de la ejecución del arte rupestre, el cual presentó las máximas diferencias con GS.



Los escasos elementos del repertorio compartidos, tanto como el 16.1 por ciento de las asociaciones presentes en ambas secciones, pierden fuerza al analizar las prácticas asociadas, dado que los contextos de producción y uso resultan completamente distintos. Dichos contextos aportan datos sobre la articulación (o no) del arte rupestre con otras actividades de procesamiento y consumo, y sobre la cantidad probable de personas involucradas (indicando escalas de interacción social). La información arqueológica recuperada y las características de los paneles permiten reconocer una materialidad que definió y reprodujo prácticas muy distintas. En GS las representaciones se relacionan con sitios domésticos donde el arte interpeló únicamente al reducido número de individuos, probablemente unidades familiares, que ocupaban cotidianamente cada lugar. En GN, en la mayoría de los casos, la localización de los paneles no coincide con los sitios donde se realizaron otras actividades. La disociación de las esferas de actividad, unida a la alta visibilidad de las imágenes para quienes circulan por el entorno, da cuenta de mensajes ampliamente accesibles, no solo para el “nosotros” que se apropiaba regularmente de este paisaje, sino para “otros” que pudieron circular por el mismo e intentar acceder a sus recursos.

Los paisajes fueron estructurados de manera diferencial en cada sección del valle. En GS los paneles aportaron a la construcción de un espacio compartido, en el cual las diferencias objetivadas a través del arte sólo eran visibles para pocos, constituyendo un vehículo que reforzó lazos y sentidos de identidad entre grupos mínimos de pertenencia (Recalde 2009). En GN las diferencias se hacían explícitas, al punto de ejecutar motivos que denotaban cierta jerarquía, como los antropomorfos B y C, en posiciones ampliamente perceptibles. De este modo, el arte rupestre contribuía a la demarcación territorial, imponiendo límites o restricciones a la circulación y el control de acceso a los recursos considerados críticos en este paisaje de marcada aridez (las aguadas estacionales y los algarrobales circundantes).

La evidencia nos permite proponer la existencia de dos modalidades estilísticas (Aschero 2006) diferentes, que dan cuenta de respuestas y expresiones locales o microregionales, en las que el arte rupestre representó una forma material de objetivar las particularidades de las prácticas sociales,

económicas y simbólicas desarrolladas por los grupos que ocuparon estacionalmente los paisajes del Valle de Guasapampa.

Consideraciones Finales

El contexto arqueológico de las dos secciones que componen la microrregión de Guasapampa indica una ocupación diferencial del paisaje. El arte rupestre se asocia a contextos disímiles en los cuales su relación con lo “público” (GN) y lo “privado” (GS) le otorga especificidad a cada espacio, entendiendo que ambas situaciones aluden a las condiciones de accesibilidad u observación participativa de lo ejecutado, tanto para los grupos que construyeron cotidianamente los sitios como para aquellos que circulaban por el paisaje.

La oposición entre lo diverso (GS) y lo acotado (GN) del repertorio iconográfico cobra una mayor significación respecto del tipo de mensajes y las prácticas sociales que eran delimitadas y reproducidas a través del mismo. No obstante, nos preguntamos por las implicancias de los elementos compartidos (cánones y temas), dado que adquieren una connotación particular que se traduce en la circulación de algunos elementos del repertorio (i.e., camélidos y antropomorfos), que muestran que la desconexión entre las secciones no fue absoluta, marcando la existencia de ciertos vínculos entre los grupos que ocuparon la microrregión en su conjunto (Recalde y Pastor 2011). Estas líneas necesitan ser examinadas con mayor detenimiento y a la luz de nuevas evidencias, especialmente en áreas que excedan los límites de este valle. Creemos que los elementos comunes o de amplia circulación expresaban lazos comunitarios, de parentesco o vecindad, que persistían y eran recreados, pero que con el tiempo cobraron significaciones diferentes al ser incorporados a contextos políticos, económicos e ideológicos disímiles del original.

Agradecimientos. Este trabajo forma parte del proyecto “Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)”, dirigido por Eduardo E. Berberían y que cuenta con un subsidio otorgado por el CONICET (PIP 112-200801-02678). Agradecemos las observaciones y sugerencias de los evaluadores anónimos y de los editores, que contribuyeron a una mejora sustancial de la versión final, aun cuando los autores somos los únicos responsables de las ideas que se exponen.



Referencias Citadas

- Aschero, Carlos
1996 ¿Adónde van esos guanacos? En *Arqueología. Sólo Patagonia. Ponencias de las Segundas Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, editado por Julieta Gómez Otero, pp. 153–162. Centro Nacional Patagónico, Puerto Madryn, Chubut.
- 2000 Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, editado por M. Mercedes Podestá y María de Hoyos, pp. 15–44. Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.
- 2006 De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad Río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna meridional argentina. En *Tramas en la Piedra. Producción y usos del arte rupestre*, editado por Dánae Fiore y Mercedes Podestá, pp. 103–140. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- 2007 Iconos, huancas y complejidad en la Puna Sur Argentina. En *Producción y Circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, compilado por Axel Nielsen, María C. Rivolta, Verónica Seldes, María M. Vázquez y Pablo Mercolli, pp. 135–166. Editorial Brujas, Córdoba.
- Babot, María P.
2007 Organización social de la práctica de molienda: casos actuales y prehistóricos del Noroeste Argentino. En *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino: la vivienda, la comunidad y el territorio*, compilado por Axel Nielsen, María C. Rivolta, Verónica Seldes, María M. Vázquez y Pablo Mercolli, pp. 259–290. Editorial Brujas, Córdoba.
- Berberián, Eduardo
1984 Potrero de Garay: una entidad sociocultural tardía de la región serrana de la provincia de Córdoba (República Argentina). *Comechingonia* 4:71–138.
- Ceruti, Carlos
1998 La tradición de las llanuras centrales. En *Volumen homenaje "Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la antropología argentina"*, compilado por FADA (Fundación Argentina de Antropología), pp. 181–197. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Criado Boado, Felipe
1995 The Visibility of the Archaeological Record and the Interpretation of Social Reality. En *Archaeology Theory Today*, editado por Ian Hodder, pp. 194–204. Polity Press, Cambridge.
- 1999 En los bordes del paisaje. *Capa: Del terreno al espacio: planeamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje* 6:1–63.
- Demaio, Pablo, Ulf Karlin y Mariano Medina
2002 *Arboles nativos del centro de la Argentina*. L.O.L.A. (Literature of Latin America), Buenos Aires.
- Gallardo, Francisco
2001 Arte rupestre y emplazamiento durante el Formativo Temprano en la cuenca del Río Salado (Desierto de Atacama, norte de Chile). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8:88–97.
- Hally, David
1986 The Identification of Vessel Function: A Case Study from Northwest Georgia. *American Antiquity* 51:267–295.
- Jones, Andrew
2007 *Memory and Material Culture*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Karlin Ulf, Leonor Catalán y Rubén Coirini
1994 *La naturaleza y el hombre en el Chaco Seco*. Proyecto GTZ-Desarrollo agroforestal en Comunidades Rurales del Noroeste Argentino, Salta.
- Martín, Sergio
2006 *Cremaciones, crematorios y ritos precolombinos. Arqueología de la muerte en Catuna y Llanos de La Rioja*. Museo de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Rioja, La Rioja.
- Nielsen, Axel
1995 Architectural Performance and the Reproduction of Social Power. En *Expanding Archaeology*, editado por James Skibo, William Walker y Axel Nielsen, pp. 47–66. University of Utah Press, Salt Lake City.
- Pastor, Sebastián
2007 "Juntas y cazaderos". Las actividades grupales y la reproducción de las sociedades prehispánicas de las Sierras Centrales de Argentina. En *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino: la vivienda, la comunidad y el territorio*, compilado por Axel Nielsen, María C. Rivolta, Verónica Seldes, María M. Vázquez y Pablo Mercolli, pp. 361–376. Editorial Brujas, Córdoba.
- 2007–2008 Arroyo Tala Cañada 1 (Valle de Salsacate). Espacio doméstico y productivo en el sector central de las Sierras de Córdoba (Argentina) durante el período prehispánico tardío (ca. 1000–300 AP). *Arqueología* 14:41–74.
- 2009 Informe sobre el sitio El Cajón (Serrezuela, Córdoba, Argentina). La ocupación prehispánica de los microambientes áridos próximos a las Salinas Grandes. *Sociedades de Paisajes Áridos y Semi-áridos* 1:95–114.
- 2010 Aproximación inicial a la arqueología del norte de la Sierra de Guasapampa y cordón de Serrezuela (Córdoba, Argentina). *Arqueología* 16:151–174.
- Pastor, Sebastián y Eduardo Berberián
2007 Arqueología del sector central de las Sierras de Córdoba (Argentina). Hacia una definición de los procesos sociales del período prehispánico tardío (900–1573 d.C.). *Intersecciones en Antropología* 8:31–49.
- Pastor, Sebastián y Andrea Recalde
2009 Primeras perspectivas sobre la ocupación prehispánica del norte del valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Anuario de Arqueología* 1:19–28.
- Piazzini, Carlos
2006 Arqueología, espacio y tiempo: una mirada desde Latinoamérica. *Arqueología Sudamericana* 2(1):3–25.
- Recalde, Andrea
2006 Las representaciones rupestres y su relación con el paisaje. Aproximación a un análisis regional en el sector occidental de las sierras de Córdoba. *Comechingonia* 9:77–90.
- 2008–2009 Movilidad estacional y representaciones rupestres. Primeras evidencias de ocupaciones estivales vinculadas con la explotación de ambientes chaqueños en las sierras de Córdoba. *Anales de Arqueología y Etnología de Cuyo* (63–64):57–80.
- 2009 Diferentes entre iguales: el papel del arte rupestre en la reafirmación de identidades en el sur del valle de Guasapampa (Córdoba, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 14(2):39–56.
- 2012 Análisis de la construcción de las figuras equinas en el arte rupestre del valle de Guasapampa como evidencia de una apropiación simbólica del conquistador (Córdoba, Argentina). *Chungara* 44(1):73–83.
- Recalde, Andrea y Sebastián Pastor
2011 Variabilidad y dispersión de los diseños de camélidos en el occidente de Córdoba (Argentina). *Circulación de*



- información, reproducción social y construcciones territoriales prehispánicas. *Comechingonia* 15:93–116.
- Rivero, Diego, Matías Medina, Andrea Recalde, y Sebastián Pastor
2010 Variabilidad en la explotación de recursos faunísticos durante el Holoceno en las Sierras de Córdoba (Argentina): una aproximación zooarqueológica. En *Zooarqueología a principios del siglo XXI: aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio*, editado por María Gutiérrez, Mariana De Nigris, Pablo Fernández, Miguel Giardina, Adolfo Gil, Andrés Izeta, Gustavo Neme y Hugo Yacobaccio, pp. 321–332. Ediciones del Espinillo, Buenos Aires.
- Troncoso, Andrés
2005 Un espacio, tres paisajes, tres sentidos: la configuración rupestre en Chile Central. *Tapa* 33:69–75.
- Wobst, H. Martin
1977 Stylistic Behavior and Information Exchange. En *For the Director: Research Essays in Honor of James B. Griffin*, editado por Charles. E. Cleland, pp. 317–342. Anthropological Papers N° 61, University of Michigan Museum of Anthropology, Ann Arbor.

Notas

1. En cuanto al material lítico se observa un amplio predominio de lascas internas y de formatización, que apuntan a la realización de tareas vinculadas con las etapas finales de manufactura. Esto, sumado a la baja frecuencia de núcleos y nucleiformes, indica que la extracción de formas base fue realizada en otros lugares. El material cerámico es escaso (entre los cuatro sitios suman 345 tiestos) y se presenta muy fragmentado. Sin embargo, fue factible reconocer 10 vasijas entre las que se identificaron pucos, cántaros, ollas y vasos cilíndricos de tamaños medianos a pequeños, entre 12 y 20 cm de diámetro de boca (Recalde 2008–2009). La diversidad de for-

mas puede asociarse a diferentes usos potenciales, propios de contextos de actividad doméstica, en tanto que los tamaños tendrían relación con el número reducido de individuos participantes (Hally 1986).

2. Aunque reconocemos las limitaciones de vincular de manera directa el arte rupestre con los contextos asociados, la ausencia en estratigrafía de ocupaciones previas al 1500 a.P. autorizaría a asignar la ejecución de los paneles al período tardío. Asimismo, como se plantea en el texto, la baja frecuencia de hallazgos relacionados con el período temprano en el resto del Valle de Guasapampa, constituye otra línea indirecta que respalda las estimaciones cronológicas.

3. La estimación del número posible de usuarios simultáneos de los instrumentos de molienda fue efectuada según las propuestas de Babot (2007), con modificaciones. El número de operarios propuesto se refiere a aquellos que potencialmente utilizaron los equipos de un mismo grupo tipológico y que no sufrieron roturas (es decir, que aún se conservan en condiciones de uso). Se distinguieron tres grupos tipológicos generales, morteros profundos, morteros playos y molinos, con usos posiblemente diferenciados.

4. Destaca la Fecha de Cerco de la Cueva 3, con un rango calibrado entre el siglo dieciséis y la primera mitad del diecisiete (Tabla 1), así como las figuras de equinos documentadas en GS (Recalde 2012).

5. Además, la densidad de sitios en GS está subestimada, ya que en los últimos años las explotaciones mineras destruyeron fehacientemente varios abrigos rocosos con representaciones.

Submitted XXX; Revised XXX; Accepted XXX.